

LA RELACIÓN ENTRE ESCOLARIDAD Y MERCADO DE TRABAJO: ANÁLISIS DE DATOS DE SAO PAULO (BRASIL) Y SANTIAGO (CHILE)

*María Eugenia Letelier G.**

Este artículo pretende, a partir del análisis de datos del mercado de trabajo y escolaridad de la Población Económicamente Activa (PEA) en dos regiones urbanas latinoamericanas -Gran Santiago en Chile y Gran São Paulo en Brasil- en un período caracterizado por el impacto de transformaciones productivas (1988 Y 1995), situar la relación entre escolaridad y trabajo desde una perspectiva que evidencia la heterogeneidad de nuestras sociedades y que asume que la educación debe responder a desafíos sociales amplios, desligándose de las demandas predominantes, provenientes de la economía.

La búsqueda de la competitividad internacional será vista como una tendencia que dificulta identificar las condicionantes estructurales en que se inserta la relación entre educación y trabajo y, por tanto, no permite conocer la dinámica de los actores sociales confrontados a una sociedad que ha edificado consensos que excluyen a numerosos sectores sociales para los cuales un mayor nivel educativo no asegurará mejores condiciones de vida, mientras no se modifiquen inequidades originadas en la estructura del mercado de trabajo, el que en todo caso, en este período de transformaciones, ha generado nuevas segmentaciones y fragmentaciones mostrando una tendencia al aumento de la desigualdad en la distribución de los ingresos.

DESARROLLO SUBORDINADO A LA COMPETITIVIDAD EXTERNA

En el contexto de transformaciones productivas orientadas a conseguir una mayor competitividad en el mercado internacional y de políticas que resaltan el papel de la educación para el logro de la equidad, los datos sobre el mercado de trabajo evidencian que la relación entre nivel educativo e ingreso se ha debilitado. Esto quiere decir que el nivel de escolaridad de los trabajadores tiene una menor incidencia en sus remuneraciones.

Este hecho, junto al aumento de las desigualdades en la distribución del ingreso, sugiere que la relevancia que se ha otorgado a la formación de los recursos humanos, como factor clave para el logro de una mejor inserción en el mercado internacional, ha colocado en primer plano la relación entre economía y educación, olvidando o supeditando a esta relación a los sujetos sociales.

Las importantes diferencias en los niveles de escolaridad de la población

* *Socióloga, magister en sociología (Universidad Católica de Chile) candidata a doctora en Educación (Universidad Católica de São Paulo, Brasil).*

económicamente activa, entre regiones urbanas de países latinoamericanos impactados por procesos de reestructuración y el significativo aumento de la escolarización de la población para el conjunto de las actividades y ramas productivas, señalan que las exigencias educativas del mercado de trabajo están asociadas al nivel general alcanzado por la sociedad. Se coloca así el debate sobre la oferta educativa de la mano de obra y su relación con las demandas del mercado de trabajo. En otras palabras, esta relación se define a partir de un nuevo perfil educativo de la sociedad y/o son las exigencias de las transformaciones productivas las que demandan trabajadores con mayor escolarización.

La literatura ha colocado el aumento de las exigencias de calificación de la mano de obra como una de las características que señala la diferencia entre un paradigma productivo antes orientado por el trabajo repetitivo y fragmentado, a un paradigma que requiere creatividad, autonomía y trabajo en equipo. Esta literatura, en lo sustancial, se fundamenta en estudios de casos, en la investigación en los puestos de trabajo, en las fábricas y determinadas ramas productivas.

Por su parte, el sistema educativo establece su ideario de reformas, en estrecha relación con esta idea global de competitividad, buscando su relación con el mundo del trabajo a través de planes que abarquen una formación amplia en detrimento de formaciones específicas, señaladas como inadecuadas al momento productivo actual. Los sujetos, alumnos y profesores que enseñan y aprenden, parecen subordinados a estas exigencias que los ubican en el modelo al cual debieran servir más que en sus necesidades y motivaciones educativas amplias.

Así, por un lado, la centralidad de la educación se sitúa como un discurso macrosocial donde la globalización y la competitividad son sus argumentos y los sujetos sociales están subordinados a éstos y, por otro, las nuevas exigencias educativas de un paradigma emergente se demuestran en investigaciones acotadas a determinadas fábricas o ramas productivas desde las cuales se abstraen orientaciones generales que, en ocasiones, constituyen las evidencias para establecer qué debe o no ser aprendido y/o enseñado.

Los análisis que durante estas dos últimas décadas han acompañado la relación entre educación y trabajo, han tenido como punto de partida fundamental las exigencias que se demandan al sistema educativo, pero son pocos los que han emprendido como desafío conocer el impacto y las redefiniciones que sobre el mercado de trabajo realizan los procesos de reestructuración productiva, para situar desde ahí el papel que la educación pudiera tener. En este sentido, el consenso logrado sobre la necesidad de una amplia educación de calidad, puede encubrir el desconcierto generado por los procesos de transformación del trabajo. Después de décadas de planificación estructurada de los recursos humanos, en la actualidad, no parece haber finalidades y procedimientos claros y adecuados para calificar la fuerza de trabajo.

LAS TRANSFORMACIONES VISTAS DESDE EL ANÁLISIS DE LOS DATOS

La modernización y reestructuración productiva es un proceso desarrollado con diferentes estrategias y énfasis, que aunque tiene como elemento común la inserción en la economía internacional -impactada por los acelerados avances tecnológicos- adquiere especificidades que son resultado de los procesos históricos y sociales de los países y de las orientaciones políticas con que estas transformaciones se han implementado.

Los datos que analizaremos comprenden dos mercados urbanos de trabajo insertos en países distintos de América Latina. El período escogido, 1988 a 1995, encuentra a estas regiones en etapas diferentes del proceso de reestructuración.

Chile, señalado como un "modelo" es considerado como el único país de América Latina en que ha sido superada la primera etapa de ajuste y reestructuración productiva. A diferencia de otros países de la Región que adoptaron una estrategia gradual, en Chile la reestructuración fue radical e intensa; esto significa para el país un prolongado y alto costo social.¹ Desde 1988, los indicadores evidencian un fuerte crecimiento económico, el que si bien ha ido acompañado de un aumento de los índices de empleo, hasta el momento no ha conseguido superar las fuertes desigualdades originadas en la distribución del ingreso, disparidades que más que reducirse, se han acentuado.²

En Brasil, Sao Paulo concentra la mayor actividad productiva y de servicios de América Latina. La estrategia de reestructuración en dicho país ha tenido un carácter gradual, iniciando parcialmente la innovación productiva en algunas ramas y empresas durante la década de los ochenta, pero implementando políticas de apertura externa en la década de los noventa.³ Como consecuencia de la intensificación de la reestructuración productiva y la apertura comercial, durante el período que analizaremos, el mercado de trabajo ha sufrido grandes transformaciones caracterizadas por el aumento del desempleo, la reducción de los puestos de trabajo industriales y la precarización de las condiciones de trabajo para un significativo número de la población.

La información que sustenta nuestro análisis, para el caso de São Paulo, proviene de la Pesquisa de Emprego e Desemprego (PED) realizada por la Fundación SEADE. Para el caso de Santiago, la fuente de datos es la Encuesta Nacional de Empleo, aplicada en Chile por el Instituto Nacional de Estadística.

Estas fuentes de información nos ofrecen una visión de la escolaridad alcanzada por la Población Económicamente Activa (PEA) y de las características del mercado de trabajo. La asociación entre las variables, nos permite resaltar características y tendencias que fundamentan el análisis.

El perfil educativo de la sociedad es el factor que mejor explica la demanda educativa que el mercado de trabajo realiza.

Los datos de escolaridad de la PEA (Población Económicamente Activa) muestran

que estamos ante dos regiones con ofertas educativas muy distintas. En el año 1995, en Santiago, el 70% de la PEA tenía nueve o más años de escolaridad, en tanto para el mismo año, en São Paulo, sólo el 40% de la PEA se encontraba comprendida en este tramo de escolaridad. Estas diferencias no han impedido que el proceso de industrialización en São Paulo muestre un dinamismo mucho mayor que el de Santiago.

Según las proposiciones dominantes, el mercado de trabajo estaría demandando una mano de obra más escolarizada para el desempeño laboral. Si esto fuera cierto, se podría suponer un grado de homogeneidad, por lo menos, para determinadas ocupaciones. Sin embargo, si asociamos años de estudio con categorías correspondientes a la estructura del mercado de trabajo, los datos muestran que la escolaridad no es una condición determinante para el desempeño de determinadas funciones, colocando en cuestión esa hipótesis.

Los ejemplos son muchos. Mientras en São Paulo el 46% de los chóferes tienen cuatro o menos años de escolaridad, en Santiago sólo un 3% está comprendido en este mismo tramo de escolaridad. En São Paulo el 37% de las telefonistas y operadores de telecomunicaciones tienen segundo grado completo o más, en tanto que en Santiago ese porcentaje se eleva a un 70%. En São Paulo, el 76% de los albañiles tiene cuatro o menos años de estudio, en tanto que en Santiago este porcentaje es sólo de un 12%. Estos ejemplos de profesiones que, en estricto rigor, no requieren habilidades muy distintas, nos permiten afirmar que lo que está determinando la relación entre escolaridad e inserción en el mercado de trabajo es el perfil educativo general alcanzado por la sociedad, más que la demanda de calificaciones realizadas desde el mercado de trabajo.

Estos datos muestran, además, que la mano de obra necesita mayores grados de escolaridad, no tanto para desempeñar las funciones que demanda el puesto de trabajo, sino para competir en mejores condiciones por un empleo. La educación, entonces, pasa a tener un valor como factor de competencia también en el mercado de trabajo interno.

El análisis de los datos del sector industrial moderno resulta especialmente relevante.⁴ Si en 1995 en Santiago ese sector comprendía al 7% del total de la PEA, para São Paulo el porcentaje se eleva al 13.5%. Lo interesante es que con un menor nivel de escolaridad São Paulo ha logrado un mayor desarrollo de la industria moderna y que mientras en este sector urbano el 58% de la PEA ocupada en la industria moderna tiene ocho o menos años de escolaridad; en Santiago este porcentaje es del 25%. Más claro aún resulta comprobar que mientras en Santiago en la industria metal-mecánica no se registran casos con escolaridad básica incompleta, en São Paulo el 42% no ha completado el primer grado.

Se puede afirmar que hay condiciones históricas que explican que el sector industrial se desarrolle con independencia de la oferta educativa, lo que sin duda es cierto, pero justamente parece que el énfasis colocado en la formación de los

recursos humanos como clave para lograr una competitividad internacional - basada en el aumento de la productividad y la superación de la simple explotación de recursos humanos y naturales- olvida esta óptica de análisis. La preponderancia que adquiere el tema educativo y las exigencias de una mayor inversión social e individual en educación trasladan el foco del problema, colocando en la educación la resolución de condiciones estructurales e históricas que exceden tanto a sus funciones como a sus posibilidades.

Existe una subutilización de capacidades: la mano de obra se educa más y el sistema productivo no genera mejores puestos de trabajo.

La expansión educativa registrada en ambas regiones forma parte de una tendencia observable en toda América Latina. Desde los años sesenta, numerosos estudios han comprobado que esta expansión se ha producido con relativa autonomía del aparato productivo. Ello genera conocidos procesos de subutilización de la mano de obra, con la consiguiente frustración en las aspiraciones que la población ha depositado en el logro de mejores niveles educativos, como condición que permitiría optar por un mejor puesto de trabajo.

En Santiago, en 1988, en promedio la PEA tenía 9,7 años de estudios aprobados; en 1995 este promedio aumenta un punto alcanzando a 10,7 años. Lo interesante es que en São Paulo la tendencia es similar; en 1988 la PEA, en promedio, tenía 6,7 años de estudios aprobados y en 1995 éste aumentó a 7,6 años. Es decir, en siete años los logros educativos absolutos marcan una tendencia indiscutible y casi igual para ambas regiones. Por tanto, el sistema educativo está ofreciendo al mercado de trabajo recursos humanos con mayor nivel de escolarización.

Los cambios de la estructura del mercado de trabajo no han acompañado a la expansión educativa. Es más, si miramos las transformaciones de los siete años que analizamos, observamos que para el caso de São Paulo, los puestos de trabajo en el sector industrial se han reducido del 32.5 al 25%, aumentando el empleo en los sectores ligados a los servicios y especialmente al de servicios personales que, como ya sabemos, es una rama de actividad que se caracteriza por acoger a la población de baja escolaridad.

La estructura del mercado de trabajo en Santiago no cambia tan bruscamente, lo que refleja la estabilidad conseguida después del período de ajuste. Sin embargo, los empleos en la industria no han aumentado; en 1988 la industria manufacturera absorbía el 21 % de la PEA y siete años después este porcentaje se eleva sólo en el 1 %,5 y aunque crece el empleo en el sector de servicios financieros, de la construcción y el comercio, el sector de servicios personales continúa siendo el lugar de empleo para cerca del 30% de la PEA.

Con esta estructura productiva es fácil concluir que la fuerza de trabajo estudia más, pero no por ello necesariamente encuentra mejores puestos de trabajo. Veamos los datos de la construcción civil, un sector que tradicionalmente ha concentrado a población de baja escolaridad. En Santiago, en 1988 el 61 % tenía

ocho o menos años de escolaridad, en cambio en 1995 este porcentaje se reduce al 51 %. En São Paulo, en 1988 el 70% de la PEA empleada en el sector de la construcción tenía cuatro o menos años de escolaridad; en cambio en 1995, este porcentaje se reduce al 64%. Si miramos el sector de servicios personales la tendencia es la misma.

A la vez, los datos muestran que los sectores que emplean un menor porcentaje de la PEA son los que acogen a la población más educada; así por ejemplo, en Santiago, el sector de servicios financieros absorbe el 9.8% de la PEA siendo el promedio de escolaridad muy superior a la media (14 años de estudios). En São Paulo, el sector de servicios sociales que absorbe el 9% de la PEA, es el único sector en el que más del 40% tiene estudios superiores.

Esta segmentación del mercado laboral señala que en términos absolutos la estructura ocupacional emplea a población altamente escolarizada en actividades productivas que absorben porcentajes pequeños de la PEA, mientras el resto de la población, aunque ha aumentado en forma considerable su escolaridad, no tiene nuevas formas de inserción en el mercado laboral. Así, la población de baja escolaridad tendría que hacer un esfuerzo enorme para que la escolaridad posibilitara efectivamente un cambio de lugar en la estructura ocupacional.

Desde una perspectiva social no deja de ser preocupante que nuestras sociedades inviertan en educación y no generen puestos de trabajo con mayores niveles de productividad, ya que se subutiliza así la mano de obra. Esta realidad no es nueva en América Latina, pero lo que sí resulta novedoso es la asociación causal que hoy se coloca entre educación y aumento de la productividad; con ello no sólo se atribuye a la educación funciones que exceden a su finalidad, sino que se ocultan o distorsionan las exigencias de cambio que tiene el propio aparato productivo para el logro de una mayor productividad.

La población económicamente activa se enfrenta a la falta de trabajo y/o a la intensificación y extensión de la jornada laboral

São Paulo, transitando por la etapa de ajuste del mercado laboral, presenta altos índices de desempleo. Para 1995 la tasa de desocupación total era del 12.5% y afectaba a la población con independencia del nivel de escolaridad; siete años antes el desempleo abarcaba un 8.8%.

Durante más de una década, el mercado de trabajo en Chile estuvo afectado por fuertes niveles de desempleo. Entre 1974 y 1984 la desocupación se mantuvo en un promedio del 18% anual, llegando a un récord de 30% en 1983. Superada la etapa de ajuste hubo una recuperación efectiva de la tasa de ocupación; así, en 1995 el desempleo en Santiago era sólo del 4.4%.

Aumenta el empleo, pero también aumenta ostensiblemente el número de horas de trabajo. Si en 1988 el 64% de la PEA trabajaba 48 horas y más, en 1995 este porcentaje se eleva a un 75%; si cruzamos esta información con los años de

escolaridad, el único tramo que muestra una mejor situación relativa son los profesionales universitarios, entre los cuales sólo el 67% trabaja 48 horas y más.

Este aumento generalizado de las horas de trabajo (legalmente regularizado) muestra que el modelo que se consolidó una vez superada la etapa de ajuste estructural, trajo como consecuencia la intensificación de la jornada laboral y es posible hipotetizar que el crecimiento económico no está ajeno a una sobreexplotación de la mano de obra.

Las consecuencias para la vida cotidiana de los trabajadores se evidencian en la invasión del espacio y del tiempo dedicado a la vida doméstica, en el desgaste psicológico y físico de los trabajadores, en la reproducción cultural de valores que asocian el tiempo dedicado al trabajo con aprobación social.

En los análisis del "modelo chileno" éste es un tema totalmente ausente, sin embargo, afecta de manera muy concreta a los sujetos sociales, los que nuevamente son sustraídos del análisis o son colocados sólo en función de los requerimientos de la economía. Esta información plantea serias dudas acerca de la orientación del proceso de reestructuración en Chile y, junto con aspectos ya señalados, permiten suponer que el país está lejos de superar la denominada "competitividad espuria", basada en la sobreexplotación de recursos naturales y humanos.

En estas circunstancias resulta pertinente preguntarse si será éste el camino trazado para otros países de América Latina y si en él tiene cabida el discurso de la equidad, donde la educación es mostrada como una promisorio garantía de éxito.

El debilitamiento de la correlación positiva entre ingreso y nivel de escolaridad

La contradicción más profunda en la relación establecida entre valoración de la educación y el logro de la equidad, resulta al comprobar que el aumento de los años de estudio no ha estado acompañado por un mejoramiento en las pautas de distribución del ingreso, lo que trae por consecuencia un debilitamiento de la correlación entre ingreso y nivel de escolaridad; es decir, los trabajadores estudian más, pero no por ello aumenta el nivel de sus remuneraciones o acceden a otro tipo de empleo.

Los datos que confirman la tendencia a la acentuación de las diferencias en la distribución del ingreso son conocidos. El modelo intenta suplir los efectos negativos del mercado de trabajo focalizando políticas sociales en poblaciones pobres, implementadas con presupuestos insuficientes que no contribuyen a mejorar de manera efectiva la calidad de vida y que actúan desplazando el foco del problema desde el aparato productivo -donde pueden generarse conflictos sociales- hacia la administración y gestión pública que, juzgados con criterio de efectividad y eficacia, pasan a tener un papel preponderante para el logro de la equidad.

Veamos lo que sucede si analizamos los datos del mercado de trabajo. Tanto en São Paulo como en Santiago, al correlacionar ingresos con años de escolaridad se observa la misma tendencia.

Para ambas regiones, se mantiene una correlación positiva entre baja escolaridad y bajos ingresos. Así, para el caso de São Paulo, en 1988 y 1995 el 40 % de los analfabetos se encuentra ubicado en el primer quintil de ingresos. En tanto, para Santiago, en ambos años, más de un 40 % de la población con cuatro o menos años de escolaridad pertenece al primer quintil de ingresos.

En la medida que avanzamos en escolaridad, observamos que hay un deterioro en los ingresos. Para el caso de São Paulo, el deterioro se produce entre la población que tiene segundo grado completo o incompleto, aumentando el porcentaje en los tramos de quintiles más pobres y disminuyendo en los quintiles más ricos. Por ejemplo, si en 1988 el 13.9 % de la PEA que tenía segundo grado incompleto (menos de 11 años de escolaridad) estaba comprendida en el primer quintil de ingresos, en 1995 para este mismo tramo el porcentaje se eleva a un 23.7 %; por el contrario, si en 1988, el 34.6 % de la PEA con segundo grado completo se encontraba en el quintil más rico, siete años después éste disminuye a un 27 %.

Para el caso de Santiago, el deterioro se da a partir de quienes tienen de nueve a once años de escolaridad. Si en 1988 el 29.7% de la PEA comprendida en este tramo de escolaridad se encontraba en el primer quintil de ingresos, siete años más tarde el porcentaje aumenta a un 32.5%. El caso más dramático se produce entre quienes completan 12 años de escolaridad; en siete años se observa una acentuada tendencia a aumentar los porcentajes en los quintiles más pobres y disminuir en los ricos, hecho especialmente relevante ya que en este segmento es donde está situada la mayor concentración de casos y donde afecta, por tanto, a un número mayor de la población ocupada.

El deterioro creciente de los ingresos percibidos por la población con niveles medios de escolaridad, está indicando que la oferta abundante de educados y la escasa expansión de puestos de trabajo de mejor calidad, estimulan en los empleadores el aumento de exigencias educativas para el acceso a puestos de bajas remuneraciones.

El debilitamiento de la correlación positiva entre escolaridad e ingreso no sólo se da entre la población con escolaridad intermedia. En 1988 en São Paulo el 72% de la PEA con estudios superiores pertenecía al quintil más rico de la población, en 1995 este porcentaje disminuye a un 68%. En 1988 en Santiago el 76% de la PEA con estudios superiores pertenecía al quintil más rico; en 1995 este porcentaje disminuye a un 68%.

El análisis del conjunto de la información señala que la posibilidad de que individuos con altos perfiles educativos tengan acceso a puestos bajos de la escala ocupacional es cada vez más frecuente. En este sentido, la demanda por mejores calificaciones y/o mejor nivel de escolaridad que el proceso de

reestructuración productiva estaría realizando, podría significar un aumento en términos de productividad o de crecimiento económico, pero, por lo menos en lo que se refiere a los salarios, el mayor esfuerzo educativo de los trabajadores no les está significando una compensación en términos de una mejora en su calidad de vida.

Si aceptamos que el nuevo paradigma productivo estaría demandando un conjunto de comportamientos de los trabajadores frente a las empresas, expresado en valores como confianza colaboración, responsabilidad, trabajo en equipo, estos datos globales evidencian que más bien pudiera darse un desajuste entre las aspiraciones que genera un mayor nivel de escolaridad y la frustración de no conseguir un mejor puesto de trabajo, originándose así conocidos procesos de insatisfacción laboral que conspirarían contra los principios del nuevo paradigma.

¿VIEJAS IDEAS EN UN NUEVO CONTEXTO?

Si la demanda educativa del mercado de trabajo esta asociada en lo fundamental a los niveles educativos generales de la población; si a la par de la reiterada necesidad de calificar a los recursos humanos para lograr una mayor competitividad, nuestras sociedades cuentan con mano de obra que está siendo subutilizada; si junto con el discursos que relacionan educación y equidad, existe un sostenimiento debilitamiento de la relación entre ingresos y escolaridad, quiere decir que las ideas han prevalecido desde el comienzo de los noventa en la Región, no pueden ser incorporadas sin una revisión crítica.

Ya en los años sesenta la visión económica fundamentó la relación entre educación y trabajo. Entonces, la teoría del capital humano sirvió para argumentar que la educación era un factor clave para el desarrollo macrosocial y para las aspiraciones individuales expresadas a través del aumento de la tasa de retorno de la inversión en educación. Por su parte, las teorías del planeamiento educativo fundamentaron la necesidad de formación de recursos humanos en tipos de profesiones que, abstrayéndose de las necesidades manifiestas en los países de mayor grado de desarrollo, se presumían como indispensables para los países subdesarrollados.

Estas teorías se configuran en torno al paradigma funcionalista que otorga a la educación un papel fundamental en el logro de equilibrio social. La educación así vista actúa como generadora de consenso, como “correctora” de desequilibrios y los sujetos sociales están subordinados a esta relación de equilibrio, sin tomar en cuenta la voluntad de individuos y grupos y el juego de poder y los conflictos entre grupos desigualmente recompensados.

Tampoco son nuevas las características que hemos resaltado a partir del análisis de los datos: las inadecuaciones entre estructura educativa y productiva, la subutilización de la mano de obra en un mercado de trabajo heterogéneo, la devaluación del credenciamiento educativo, etc., en buena parte, fueron las

respuestas que a partir de los setenta sirvieron de argumentación para desplazar la visión económica preponderante y recolocar a la educación en una relación social amplia, incorporando a esta visión el tema de los movimientos sociales, sus intereses y conflictos.

La radicalidad de estos planteamientos se reflejó en las teorías que colocaron al sistema educativo como un reproductor de la desigualdad social y de los intereses de clase, llegando a sostener que el sistema educativo era el principal agente ideológico legitimador de la sociedad capitalista. Muchas de estas ideas transitaban hacia lo que ha dado en llamarse “la nueva sociología de la educación”, que señala que la legitimación del sistema se hace mediante la inclusión de circuitos diferenciados y de segmentación educativa en general, o bien, mediante procesos de dominación ideológica y/o simbólica.

Actualmente, la balanza en la interpretación de la relación entre educación y trabajo se inclina -sin contrapeso- hacia las teorías económicas. La fuerza con que han sido colocadas estas ideas ha sido de tal magnitud, que están consiguiendo servir de único referente para el debate y el diseño de políticas. Mientras tanto, la información disponible permite dudar sobre si conseguirán generar un cambio en la dirección que ellas mismas difunden.

Si queremos avanzar hacia una nueva configuración de la relación entre educación y trabajo, en un contexto que está siendo impactado por los avances tecnológicos y la reestructuración productiva, es pertinente y urgente asumir la complejidad estructural de nuestras sociedades y redefinir los propios conceptos de educación y trabajo a partir de los sujetos y actores sociales, que son finalmente quienes dan vida a esta relación.

NOTAS

- 1) La política de estabilización, simultánea y con la implementación de reformas y liberación del mercado, produjo dramáticos efectos sobre el mercado de trabajo. El indicador más elocuente para el período (74-82) es la tasa de desempleo abierto que se mantuvo en promedio en un 18% mensual y la reducción de las remuneraciones en un 20% en comparación con las de 1970. Entre 1982 y 1983 la situación se agravó por la crisis recesiva externa. En este período el índice de desempleo llegó a un récord del 30%.
- 2) Los últimos datos de la encuesta CASEN (Caracterización Socioeconómica Nacional) muestran que la razón entre la participación en el ingreso del 20% más rico y del 20% más pobre en 1987 era de 13 veces, en 1996 esta proporción es de 14 veces.
- 3) El proceso que marca esta transformación es el denominador “Plan Collor”, apoyado en el trinomio liberalización y privatización que, junto con la

reformulación de la política industrial y de comercio exterior, instauró una nueva fase de estrategias empresariales con gran impacto sobre la productividad y la competitividad del sistema productivo.

- 4) Clasificación basada en Barros y Mendoza (1995), de acuerdo con ésta, se incluyen las ramas metalúrgica, mecánica, electromecánica, material de transporte, química, farmacéutica, plástico, papel y corcho.
- 5) Este dato refleja el tipo de crecimiento logrado por Chile, fundado en la apertura económica externa que ha sido dinamizada por exportaciones realizadas en sectores de recursos naturales en los cuales Chile tiene ventajas comparativas (cobre, celulosa, harina de pescado, productos agroindustriales) y en los sectores de producción industrial basados en recursos naturales (papel, muebles y madera, salmón, jugos).